

me el abanico, que esta misma tarde me va á conven-
 cer de que es fácil la comunicación con el planeta.

Y como el calor no me deja en paz, y yo no sé que
 decir á Vdes., y por otra parte (la que Vdes. quieran) me
 entusiasma eso de comunicar con Virgo y ganar las

100.000 ptas... voy á ver si resuelvo el problema.

Que á mí, la verdad, no me parece fácil...

Pero ¡cuando ella dice que sí, que lo es!...

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

Quisiera...

(TRADUCCION.)

Quisiera estimada mía
 estar de tus ojos cerca,
 para escuchar tus palabras
 llenas de amor y ternura...
 quisiera siempre jugar
 con tu flequillo y tus trenzas,
 con tus cintillas de rosa

y tus pendientes de perlas...
 quisiera que la alegría
 siempre en tu cara risueña
 brillase cual brilla el sol
 allá en la azulada esfera...
 quisiera besar tu boca
 que á las rosas se semeja

aspirando hasta extasiarme
 la miel que escondida encierra...
 quisiera estrechar tus brazos...
 quisiera... me dá vergüenza
 ¡ay, si supieras tú, niña,
 las cosas que yo quisiera!...

EDMUNDO DE C. BONET

¡TIENES RAZON!!

Consuelo leía atentamente.

A juzgar por la sonrisa picaresca que devez en cuan-
 do esmaltaba el rojo clavel de sus hermosos labios y el
 brillo de su mirada, húmeda de placer, recorriendo las
 páginas del elegante volumen abierto entre sus manos,
 la lectura debía ser entretenida, sabrosa, agradable.

Muellemente recostada en la butaca, apoyando el
 codo en el maqueado velador y la hermosa cabecita rubia
 en la palma de la mano, devoraba las hojas de aquel libro
 con una especie de arrobamiento, de éxtasis, que, á
 poderlo contemplar, hubiera de seguro halagado en
 grado superlativo el amor propio del afortunado autor
 de aquella obra.

Reinaba en la estancia un silencio dulce, apacible,
 interrumpido tan sólo por el tenue ruido que producían
 las hojas al volverse, acariciadas por los afilados y
 aristocráticos dedos de la gentil lectora.

De improviso turbóse la apacible calma del llamado
 aposento.

La puerta se abrió con violencia de trueno, con aires
 de tempestad.

Enrique, pálido, tembloroso, derribó una silla que
 se oponía á su paso y acercándose hosco y ceñudo á
 la joven, arrojó á su rostro esta palabra brutal:

—¡Consuelo, eres una infame! Me engañas.

—¡Ay!—exclamó asustada la joven, levantándose
 como movida por un resorte.

El libro rodó á sus pies.

Nadie se cuidó de recogerlo.

—¡Tengo las pruebas de lo que he dicho! ¿Entien-
 des?... ¡tengo las pruebas!

Tal emoción produjo en la niña el violento apóstrofe
 de su amante, que se quedó mirándole fijamente sin
 contestarle, y olvidando—¡pobrecita!—en medio de su
 turbación, de cruzar sobre su hermoso seno las abiertas
 solapas de un elegante traje de mañana.

—¡Que te engañó?—murmuró al fin con voz tiernísi-
 ma, lánguida, débil, con voz que era más suspiro que
 acento.

—Te repito que tengo las pruebas.

—¡Ah! ¿Y con quién?...

—Con Adolfo Gutierrez.

Consuelo estalló en francas y sonoras carcajadas.

—¿Te ries?

—¡No me he de reír!

—Una carcajada no es una contestación.

—Pues bien, tonto; hé aquí la contestación; no
 quiero negarlo. Te engaño con Adolfo.

—¡Oh! Eso ya es el colmo....

—Modera tus impetus, y escúchame con calma. Hu-
 biera preferido que hubieras ignorado siempre lo que
 ocurría, y estaba dispuesta á emplear, como hasta aquí,
 toda clase de astucias y recursos, para mantenerte en
 tu feliz ignorancia.

—¡Consuelo!

—Te suplico que no me interrumpas. Oyeme hasta
 el fin. Ya que te hes enterado de ello, no tengo inconveniente en confesártelo todo, con mi proverbial fran-
 queza.

—Confieso que después de tu traición no esperaba
 semejante imprudencia de tu parte.

—¡Como yo no esperaba de ti semejante ingratitud!

—¡Pues no se atreve á llamarme ingrato!

—Y lo sostengo.

—¡Sabiendo que la adoro con toda mi alma, que su
 amor es la única felicidad de mi vida, entrega mi pre-
 ciado tesoro á otro hombre, y cuando me quejo de esta
 infamia, me llama ingrato! ¡Esto es inconcebible!

—¡Bah! Se le puede hacer á un hombre dueño ab-
 soluto de nuestro sér, y partir esa posesión con otro á
 quien ni siquiera se estime.

—¡Ah! Conque tener un rival favorecido...

—Si te dignaras escucharme...

—Habla, habla cuanto quieras; procuraré tener calma
 para oírte: pero te aseguro de antemano que no
 me has de convencer.

—¡Quién sabe! Te he llamado ingrato, porque no
 tienes en cuenta el inmenso sacrificio al que me resigno
 por tí.

—¡Engañándome!

—Engañándote... ¡Ah! Enrique, bien sabes lo mo-
 desta que soy; perdona, pues, si contra mi voluntad
 me alabo ahora, de lo que sufro sólo por tu bien, por
 agradarte sólo.

Tal estupefacción causaron al engañado muchacho





—¡Si viera usted como sudol!
—Como si lo viera.



—Anda, que vas á parecer una duquesa; con las dos pesetas que yo te doy y lo que caiga...



aquellas palabras, que sin saber qué contestar, cayó abrumado sobre el sofá, y se cubrió los ojos con las crispadas manos.

Consuelo aprovechó aquel momento de estupor y de abatimiento, y acercando un taburete cerca de Enrique, se arrodilló á sus piés, y apoyando los brazos y el hermoso busto sobre las rodillas del joven, comenzó á hablarle bajito, muy bajito, con acento melodioso, y con la risueña carilla tan cerca de la del joven, que el aliento de su boca agitaba las sedosas guías del perfumado bigote de su amante.

—Sí, por tu bien, y bien pronto quedarás convencido y me darás la razón por completo.

—¡Darte la razón!

—Veamos. ¿Es verdad, ó no, que desde el instante feliz, para ambos, en que te permití pasar la noche en esta habitación, me has encontrado siempre alegre, risueña, dócil, sumisa, amorosa y sonriente?...

—Convengo en ello, pero...

—No me interrumpas. ¿Me has visto alguna vez cólerica, desdenosa, malhumorada?...

—Confieso que no...

—¿No he tenido para tí toda suerte de complacencias, de sumisiones? ¿No es el sombrero que á tí te agrada el que uso siempre con preferencia á todos? ¿No he regalado á mi doncella un traje sin estrenar, sólo porque á tí te desagradaba su color?

—A qué recordar...

—¡Y cuántas cosas más, que de seguro tú no habrás podido olvidar! ¿Cuántas veces me he negado á tus deseos? ¿cuántas he ocultado á tus ojos los tesoros que con avidez deseabas contemplar?

—Ninguna, es cierto; pero eso mismo...

—Eso mismo te ha hecho suponer que yo soy una mujer que prodiga á todo el mundo los favores otorgados á tí; ¿no es eso?... ¡Ah, cuán equivocado estás!

—¿Equivocado? Pues el señor Gutiérrez...

—¡Basta!—exclamó Consuelo, poniéndose rápidamente en pié con un movimiento lleno de gracia, y dando á su rostro un aspecto de dignidad ofendida.—¡Basta, caballero! Sepa usted, Sr. D. Enrique, que yo no estoy siempre risueña, alegre, sonriente, no; tenga usted entendido que hay muchas horas, y muy á menudo por cierto, que estoy triste, melancólica, malhumorada, rebelde á toda caricia, refractaria á todo movimiento de pasión ni de ternura. En esos momentos ríño, tengo ataques de nervios, soy una verdadera tempestad, rompo cuanto encuentro á mano, y la plegaria más tierna no arrancaría un beso de mis labios... y ahora, ahora que me descubro á tí tal como soy—añadió con acento cariñoso,—supongo que ya comprenderás el horrible sacrificio que me impongo en aras de nuestro amor y de nuestra felicidad!

—Confieso que no comprendo una palabra—contestó enérgicamente Enrique.

—¡Será preciso explicárselo todo!—murmuró Consuelo suspirando—y volvió á tomar su primera actitud á los piés del joven. ¡Si supieras mi inquietud, mi temor de perderte! Te amo tanto, que este ha sido mi único pensamiento, mi pesadilla, desde el principio de nuestras relaciones. Conociéndome, como me conozco, temblaba de espanto al sospechar que llegaría un momen-

to en que tú no podrías soportar mis nervios, mis caprichos de niña mimada, mis rebeldías de mujer voluntariosa, mis frialdades injustificadas, mis quejas sin fundamento, mis querellas sin motivo. Tratar de corregir mis defectos, era un sueño irrealizable; lo hubiera ensayado en vano. Yo soy así porque sí, y he sido siempre lo mismo. No se modifica un carácter cuando se ha llegado á los veinte años. Era lo probable que te aburriera, que te cansaras de mí, y huyeras de mi lado, dejándome sólo un recuerdo amargo y penoso, en cambio de esta dicha que es ahora el goce supremo de mi vida. Esta idea me atormentaba sin cesar. Existía una Consuelo buena, amorosa, condescendiente, amable, que era la que tú conoces, la que tú amas. Pero hay otra veleidosa, ingrata, mala, cruel, á la que no hubieras tardado en conocer, y te hubieras separado bien pronto de la primera, por no poder soportar á la segunda. ¿Qué hacer? Sólo había un medio de evitar la catástrofe. Reservar para tí sólo la Consuelo tierna y cariñosa, y entregar la otra, la insoportable, á cualquiera, no importaba á quién; á otro que no fueras tú. Si yo tengo otro amante, ese imbécil Gutiérrez, es para poder ofrecerte á tí una dicha completa, absoluta, sin amarguras y sin desilusiones. Todo cuanto podía desagradarte á tí, es lo único que el otro pesee. Con Adolfo soy hurafía, despótica, nerviosa, intratable, arisca, celosa, pronta siempre al desdén y á la repulsa, á fin de ser para tí, para tí sólo, agradable, dulce, sumisa, sumisa sobre todo! Las negativas al otro, son siempre concesiones para tí... ¿Comprendes ahora Enrique?... Mirame á la cara, y si eres justo, estoy segura de que te arrepentirás de tus injustos celos, y de las palabras, aún más injustas, que me has arrojado al rostro cuando entraste; mirame, pues, y cumple tu deber, que es apresurarte á consolarme, pagándome de ese modo los malos ratos que yo me impongo en aras de tu felicidad.

Es probable que Enrique hubiera tenido muchas razones que oponer á las razones expuestas por su amada, y quizá lo hubiese hecho á encontrarse en aquel instante con el ánimo sereno y la libertad de espíritu necesaria para rebatir aquellos falsos argumentos. ¡Pero quien es capaz, no de pronunciar un discurso, sino de coordinar lógicamente dos ideas, teniendo sobre la frente y los ojos y la boca, una boca, unos ojos y una frente bellísima, cuando el perfume de la mujer hermosa nos fascina, cuando sus cabellos cosquillean nuestro rostro, cuando sus amantes labios aprietan, casi muerden, nuestra ardorosa epidermis, en el sublime chasquido de apasionado beso!...

—A pesar de tus disculpas, querida Consuelo, siento en el alma un escozor terrible, y un temor muy fundado me apena y me desconcierta.

—¿Cuál?

Enrique acercó sus labios al oído de la hermosa y murmuró no sé qué frase.

—¡Bah!—contestó Consuelo en voz alta y sonriendo.—No seas tonto. Ese temor y esa pena son una puerilidad. ¡Pregunta á los buenos pianistas si el instrumento suena peor porque no sean ellos mismos los afinadores!

Un abrazo tierno y cariñoso, y un beso dado en los labios de la hermosa, fué la sola contestación del convencido amante.

GOMEZ DE AMPUCRO.

Moral al uso

Pues señores, me ha pasado el otro día una cosa, que me tiene abochornado de una manera horrorosa.

Una patrona inmoral, mejor dicho, dos patronas, guapas, muy buenas personas me han dado un sofión bestial.

Y como todo ello ha sido porque con artes traidoras me han tendido esas señoras sus redes y no he caído,

Por si á algun otro inocente quieren malvar de igual modo quiero contárselo todo á todo vicho viviente.

Verán Vdes. Leí, no recuerdo donde, un día, un anuncio que decía según mi memoria, así:

Doa señoras (y no quiero dar señas de ningún modo) desean un caballero con asistencia y con todo.

Fijé en mi imaginación las señas de aquel reclamo y allí fui derecho; llamo, me abren... ¡Estupefacción!

Una mujer hechicera, rubia, alta, hermosa, arrogante... de esas que se ven delante con dos palmos de dentera,

—¿Es aquí donde?...—Sí aquí.

—¿Y usted?...—Pase y hablará. (Cualquiera comprenderá lo que pasaba por mí.)

Entramos á un gabinete, ¡ay, y qué morena había! ¡Señores.. de rechupete!... ¡Casi mejor todavía!

Me senté; hablamos *la mar*; me iban á querer como hijo, ¡con qué cariño me dijo lo que me iban á cuidar!

—¿Y el precio?...—Bien, ya hablaremos; usted venga hoy ¡qué bobada!... Por eso no refiremos; por supuesto, ni por nada...

Así es que al día siguiente ya estaba á su dulce abrigo y ¡señores, francamente! se deshacían conmigo!

Me trataban con amor y estaban todos los días con cien mil zalamerías que no cuento por rubor.

Así se fueron pasando cuatro meses buenamente, contentos y yo pagando siempre religiosamente.

Hasta que un día me dijo la rubia, muy enfadada:

—Puede buscarse casa, hijo; con usted no hacemos nada!...

Indignado, sin chistar, me marché aquel mismo día... y ahora... queda todavía el rabo por desollar.

Hace un mes próximamente las vi en el café una vez, y estaban con un teniente de lanceros ¡que es un pez!... Somos amigos y he estado hablando hoy con el de *aquellas*. ¡Ay! qué horrores me ha contado! Está viviendo con ellas, y desde el día en que entré...

¡lo pasa perfectamente! Le han dicho que antes vivió con ellas un inocente que era un borrico hasta allí, y me lo ha dicho de un modo!... ¡Claro! lo dicen por mí! ¡Ahora lo comprendo todo!

Ahora veo claramente porque me dijo enfadada: «¡Con usted no hacemos nada!...» ¡En cambio con el teniente!...

¿No es una inmoralidad esto, que irrita á cualquiera?... Y que todo esto es verdad puede probarlo el que quiera.

¡Qué! ¿Quieren ustedes ir? Pues no cito á ningún muerto; viven... ¡Si! ¡Si fuera cierto ya se lo iba yo á decir!

FRUTOS VERDES.

Chismes y cuentos

Señor Gobernador: Sabemos que al ir á recoger en los kioscos nuestro último número (denunciado, como todos, por vuestra conservadora voluntad, que acataremos) algún individuo de esos que tienen la obligación de perseguir el juego, y de capturar criminales, y de impedir los escándalos que en los sitios más céntricos presencian á diario las personas honradas, y de hacer que los teatros se cierren á la hora, y de no dejar que apaleen á nadie en su presencia negándose á auxiliarle, y... que recogen los ejemplares de periódicos denunciados, cuando el juzgado ha dictado el auto correspondiente, alguno de esos, decimos, se ha permitido, no sólo recoger nuestro periódico sin el auto correspondiente, sino hasta amenazar á los vendedores con multas de 500 pesetas si venden *el número que viene*.

Y como eso es atropellar la ley y, no creemos á V. E. capaz de dar semejante orden, porque sabemos que es recto y es justo...

Pues... ¡nada más que eso!

Luisa, puesto su vestido de novia, al novio enseñó, quién la pisó distraído y el vestido la rasgó.

Al verlo, con gran enfado, dijo á Luisa su mamá: —¡Muchacha! ¿No te has casado y lo tienes roto ya?

MANGAVERDE.

El gobernador civil de Valencia ha recibido una carta, firmada por Jack el destripador, avisándole su llegada á dicha ciudad, donde piensa proseguir sus hazañas. ¡Ojo, muchachas valencianas! ¡Evitar las falsificaciones!

Imp. Arco del Teatro, 9.



—¿Dos pesetas? El planchar las enaguas
vale más.

ANUNCIOS

CENTRO
PARA EL REPARTO Y VENTA DE PERIÓDICOS
DE

D. JULIAN RODRIGUEZ
Calle del Tesoro, 5. bajos
MADRID

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE EL CHISME

EN LA CORUÑA
D. TOMAS LABANDEIRA
Torre, núm. 23, bajos.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
— DE —

EL CHISME

EN VALENCIA
D. Julian Peris Mencheta
Entenza, número 40

UNICO EXPENDEDOR
AL POR MAYOR
DE

EL CHISME

EN BARCELONA
D. JUAN TASSO
Kiosco Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
DE

EL CHISME

EN SEVILLA
D. JOAQUIN NADAL
CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO
— DE —

EL CHISME

EN CADIZ
D. JUAN RUBIO LOPEZ
Sacramento, número 25

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO
Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 13, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.
Id. atrasado. 25